



Celebración de Vísperas en la apertura del Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús

Catedral Vieja

Lectura: Efesios 3,14-19. Lecc. V, p. 419.

Queridos hermanos:

La lectura breve de la carta a los Efesios inserta en una oración de adoración y alabanza a la Trinidad una exhortación a pedir al Padre que Cristo habite por la fe en nuestros corazones y que el amor sea la raíz y el cimiento de nuestra vida. La fe nos hace reconocer que Cristo vive en nosotros y nos mueve a amar con el amor de Cristo. Así nuestra vida se edifica sobre la roca firme de Cristo. Así el amor cristiano es la fuente de conocimiento de todas las dimensiones de nuestra existencia y la fuerza que las impulsa a alcanzar la plenitud en Dios.

Santa Teresa vivió con total determinación y alegría esta enseñanza de la Palabra de Dios, y nos ha dejado en su vida y en su enseñanza testimonios bellísimos de su camino personal de perfección en la fe y en el amor.

Teresa de Jesús nos ha contado cómo vivió ella su experiencia de un nuevo encuentro con Cristo que significó su conversión definitiva: “Entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar... Era un Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.” (Vida 9, 1).

Es significativa la preferencia de Teresa por el misterio del Dios Amor, que revela especialmente san Juan (1 Jn 4, 8.16). La Santa lo expresa con la imagen del **Dios Amigo de los hombres, que vive y trata con ellos**: Un Dios muy “amigo de amigos” (CV 35, 2), que es fiel, comprensivo y tratable, especialmente en la humanidad de Cristo, que es la revelación del amor de Dios (cf. Jn 3, 16-17), y en la eucaristía, pues “debajo de aquel pan está tratable” (CV 34, 9).

De esta experiencia del Dios Amigo surge la idea de Teresa sobre la oración, que incluye todas las experiencias de la vida en una admirable síntesis bajo la clave del amor. Pues “*no es otra cosa oración mental sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama*” (V 8, 5).



Este tratar de amistad es un diálogo de amor. Teresa busca a Cristo en la oración y se define como Teresa de Jesús. Y Cristo responde dándose el nombre de Jesús de Teresa. Cristo entra en la vida de Teresa como un Amor que transforma su persona. Y Teresa confiesa que anhela tener a Cristo en el centro de su vida: "Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo... y así siempre tornaba a mí costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba. Quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como quisiera..." (Vida, 22,4). Teresa ha experimentado que puede "tratar (con Cristo) como con amigo" (Vida 37,5).

Y en el trato en la oración con el Amigo, recibe Teresa la revelación de Jesús como su Libro Vivo. En un momento de inquietud, porque se le ha prohibido el acceso a los libros de espiritualidad que eran su alimento diario, el Señor dijo a Teresa: "*No tengas pena, que yo te daré libro vivo*". Y continúa explicando la Santa: "Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja impreso lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar! ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abraza y las ame y desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da a los que le sirven que no conozca que es todo nonada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos" (Vida, 26, 6).

En su autobiografía espiritual, el Libro de la Vida, va confesando Teresa las muestras de amor que recibe del Señor. Al narrar cómo el ángel mete en su corazón el dardo de fuego, confiesa que le "*dejaba toda abrasada en amor grande de Dios*" y explica "*ni se contenta el alma con menos que Dios...*". (Vida, 29, 13). En otra ocasión recibe Teresa esta declaración de amor: "*Ya eres mía y Yo soy tuyo*". A lo que ella responde: ¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos? (Vida 39, 21). Y el Señor revela también a Teresa su predilección al hacerle comprender las verdades de la Escritura: "*No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes; porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará ni una tilde de ella*". Teresa comenta: "A mí me pareció que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían". Y añade que el Señor le dijo: "*¡Ay, hija mía, qué pocos me aman con verdad!, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes que es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí.*" (Vida 40, 1).

En el largo trato de amor en la oración, Teresa ha ido poniendo cada vez más a Jesús en el centro de su vida, como raíz y cimiento. En la oración ha ido experimentando la morada de la Trinidad en el castillo interior de su alma; ha sentido a Cristo Amigo, con el que vive sin vivir en sí, como fuera de sí, pero encontrando en él toda la plenitud de su vida en una identificación de amor, compartiendo sus dolores y su gloria; ha conocido la plena verdad de la Escritura y que nada es verdad que a Cristo le desagrade; ha recibido la gracia del matrimonio espiritual y ha oído de labios de Jesús esta declaración: "*Ya sabes el desposorio que hay entre ti y mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia*"; la Santa comenta: "La amistad con que se me



Carlos López Hernández

hizo esta merced, no se puede decir aquí... y desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio” (CC 50.a).

Desde su experiencia, Teresa nos ha enseñado que la oración es la puerta de entrada a nuestro castillo interior. Allí nos llama a estar con el Amigo, que en nuestra alma habita y nos espera y acoge con el amor más grande. En el trato con él llegamos a ser en plenitud nosotros mismos y alcanzamos el saber que trasciende toda filosofía: el amor cristiano.

Catedral Vieja, 14 de octubre de 2014